

Angélica Gorodischer

El cuento es un anzuelo con línea

Aparenta ser una mujer imponente, una señora a la que temer, una dama digna y acaso altanera. Para quien no la conoce, resulta llamativa con sus pantalones largos y anchos, sus casacas amplias, la cara alargada de mirada siempre aguda y con los anteojos colgándole sobre el pecho. Más bien flaca, campechana en el trato, confianzuda y —se dice— excelente amiga de sus amigos y magnífica anfitriona en su casa de Rosario, donde son casi proverbiales su jardín y su amor a los gatos, Angélica Gorodischer parece sentirse absolutamente segura de su lugar en el mundo y en el mundo de las letras argentinas.

Aunque nació en Buenos Aires «por casualidad —dice—, porque mi viejo tenía aquí un trabajo», reside en Rosario desde niña y se considera orgullosamente rosarina. Otro de sus orgullos es ser del signo Leo, «y con ascendente Leo, por lo cual soy doble Leo y como también soy doble Dragón —se ríe— mis amigas dicen que soy totalmente insoportable». A los sesenta y dos años es una de las más inquietantes escritoras de este país, y muchos la consideran entre las máximas figuras de la literatura fantástica argentina. Original, productiva, tenaz, ha venido escribiendo una obra consistente y apreciada —no sólo en la Argentina sino también en otros países— en la que también se reconocen claramente lo erótico, el punto de vista femenino y un constante sentido del hu-

mor. Empezó a escribir —«un poco tardíamente», dice— después de sus treinta años. En 1964 ganó un concurso de cuentos policiales organizado por la desaparecida revista *Vea y Lea*, al que luego sumó otros premios (Más Allá, Poblet, Gilgamesh, Club del Orden).

Viajera y mundana, ha pronunciado conferencias en Europa y Norteamérica, y cuentos suyos figuran en varias antologías. Orientó su obra exclusivamente hacia la narrativa, y es uno de los pocos escritores que en este país han dedicado casi la totalidad de su obra al cuento, si bien es autora también de un par de novelas.

Goza de un consistente reconocimiento en el mundo de las letras, merced a una obra sólida que se compone de los siguientes libros de cuentos: *Cuentos con soldados* (Premio Club del Orden, Rosario, 1965); *Las pelucas* (Sudamericana, 1968); *Bajo las jubeas en flor* (Ediciones de la Flor, 1973); *Casta luna electrónica* (Andrómida, 1977); *Trafalgar* (Orbis, 1979); *Mala noche y parir hembra* (Alcor, 1983). También publicó las novelas: *Opus dos* (1967) y *Floreros de alabastro, alfombras de Bokhara* (Premio Emecé, 1985).

Esta entrevista se llevó a cabo en un departamento de Coghlan, una gélida tarde de julio de 1990 a la hora del crepúsculo. Tomó té con edulcorante, comió una medialuna, despreció unos maravillosos brownies caseros y se abrió a la conversación con una espontaneidad, una carencia de prevenciones y una gracia poco frecuentes en los escritores entrevistados. En los escritores, digamos. Lo que sigue son los párrafos más salientes de la charla:

GIARDINELLI: ¿Gorodischer es apellido de casada?

GORODISCHER: Sí, mi marido se llama Sujer Gorodischer y yo lo adopté porque me gusta, me parece más

sonoro que el mío: Arcal. Claro que algunas compañeras y amigas feministas me cuestionan que use el apellido de mi marido; pero yo respondo que lo uso porque tengo libertad de elegir, y si tengo que optar entre dos apellidos de hombres —porque todos los apellidos son de hombres; no los hay de mujeres— elijo el de mi marido y no el de mi papá.

—*¿El de tu papá también es judío?*

—No, español, aragonés. El mío es un matrimonio mixto. Bueno, todos los matrimonios son mixtos. Yo soy una infame goy.

—*¿Por qué hay tanta judeidad en tus textos?*

—Bueno, porque algo aprendí con Sujer. Yo digo que lo judío es algo que se me contagió. Como una gripe, digamos. Vengo de una familia ultracatólica y aristocratizante. Mi madre era Yunque Garay, descendiente de ese señor no muy recomendable: Don Juan de. Mi tía abuela era Doña Paula Garay de la Saga, que fue una de las mujeres más malas, y que era el terror de la iglesia católica. Era tan católica que los curas le huían. Tuvo durante setenta años un pleito contra la Nación y la Provincia por el cual reclamaba las tierras que decía haber heredado de Don Juan de Garay. De haberlo ganado yo sería dueña de media provincia de Santa Fe.

—*¿Y por qué teniendo tan lindas historias familiares, casi no aparece tu familia —y aparentemente no hay nada autobiográfico— en tus cuentos?*

—Sí, es notable... Sólo ahora han empezado a aparecer recuerdos de aquella enorme familia que se fue achicando hasta que quedé sola, casada con este señor que no tiene nada que ver con el círculo en que se movió mi familia, y de donde salieron tres hijos y dos nietos divinos. A veces tengo la soberbia y el orgullo de pensar que he inaugurado otra cosa...

—*Tu caso es diferente del de tantos autores en los que es relativamente fácil reconocer que se han pasado escribiendo su autobiografía, ¿no?*

—Sí, en mí no hay nada de eso. Al contrario. Yo no puedo contar ni novelar las cosas que tengo demasiado cerca.

—*O sea que podríamos decir que la tuya es pura literatura. ¿Te sale así por vocación o por pudor?*

—No lo sé. Pero me doy cuenta de que sólo ahora, en la novela que acabo de terminar, empezaron a aparecer recuerdos de mi familia. Pero porque ya esa familia se va alejando. No queda más que una tía de noventa años...

—*¿No apelar a recuerdos propios, a tu historia personal —ese lugar común literario en el que caemos casi todos— fue una propuesta que hiciste al empezar a escribir?*

—No, jamás me lo planteo. Me di cuenta después, como me suele ocurrir con lo que escribo. No me planteo nada, y sólo puedo reflexionar una vez que todo está contado, en estado de inocencia, como decía Borges. Me di cuenta hace muy poco de que no hacía referencia a nada de mi vida. Ni mi infancia, ni trastornos de juventud, ni amores, ni nada. Contaba sólo aquello que estaba lejos de mí, aquello que había que inventarlo todo. Jamás me documenté para escribir un cuento o una novela. Si un día escribiera un cuento que sucediera en la Roma de Augusto —Dios libre y guarde—, no iría a averiguar qué tipo de calzado usaban los romanos ni qué comían. Inventaría lo que se me antojara.

—*Esto que decís me remite a esa constante de tu obra: el humor. Aparece aun en los momentos más serios, o truculentos. ¿Te divertís escribiendo?*

—Soy absolutamente feliz cuando escribo. A mí ese asunto de la página en blanco no me produce miedo alguno. Sé que la voy a llenar con palabras. Por eso me fas-

cinan los cuadernos, por la cantidad de páginas blancas que tienen.

—¿Escribís a mano, en cuadernos?

—Sí, y con lápiz muy blando; y no tacho, borro, porque soy una obsesiva. Y después hago cuatro versiones de lo mismo y sólo entonces paso a máquina.

—¿Por qué cuatro? ¿Es una cábala?

—No, es que he descubierto que con cuatro la cosa anda bien. La primera versión es un engendro espantoso, pero que ya dice lo que va a pasar. La segunda está mucho más pulida. La tercera está ya bastante bonita, y la cuarta va a máquina.

—Volviendo al humor, en tus cuentos se advierte no sólo lo festivo sino como un bordear constantemente la frivolidad y la superficialidad. ¿Cuál es el recurso para no pasar la línea divisoria?

—Ah, no sé, supongo que el oficio...

—Pero en tus primeros cuentos eso ya estaba, y no tenías oficio.

—Sí, es cierto. Bueno, supongo que ya estaba buscando algo. El humor para mí es como la respiración. Me es necesario. Es como si yo irrumpiera en la habitación donde está leyendo el lector y le dijera «mira viejo, no te la creas del todo, no es tan tremendo».

—¿De dónde sale esa vocación humorística? ¿Te considerás una mujer feliz, alegre, satisfecha?

—No puedo decir que soy feliz. Nadie es feliz. Pero valoro mucho mis momentos de felicidad. Y lo que sí tengo es vocación de felicidad. Aunque tengo mis depresiones de novela, en las que todo carece de sentido y me tiro de los pelos. Pero tengo vocación; quiero estar contenta. Griselda Gambaro dice que soy una frivola. Lo dice en broma, pero algo de cierto habrá. Quizá lo que sucede es que me crié en un ambiente frívolo. Pero

como lo repudié, ahora le hago como una entrada y nada más. Me asomo, pero no me atrapa.

—*Otra cosa que llama la atención, desde tus primeros Cuentos con soldados, es el afecto por los títulos largos, juguetones. ¿De dónde viene eso?*

—Creo que de que soy una lectora omnívora desde los cinco años. Es un recurso de las viejas novelas de aventuras, que se titulaban «De cómo Fulano de Tal y Mengano encontraron su camino en medio del bosque y lo que allí les esperaba». Mis títulos son como un homenaje a esas lecturas. Y quizá al mismo tiempo son una tomada de pelo: al texto, a mí misma, al lector. Pero dejame decir que yo a un cuento no le pongo título; los cuentos ya vienen con título, ya tienen su título. Lo que yo debo hacer es encontrarlo.

—*¿Y cómo lo encontrás?*

—Bueno, sucede que no puedo escribir sin título. O va primero o viene con los primeros párrafos. Aparece enseguida.

—*Quizá debí empezar esta entrevista como generalmente las empiezo; preguntando qué es el cuento para vos...*

—El cuento es un momento, es atrapar un momento. Generalmente un momento de vida muy decisivo, crítico. Truculento, a veces.

—*¿Por qué tu vocación por el cuento? ¿Por qué sos más cuentista que novelista?*

—Eso viene de muy lejos. Mi mamá me contaba cuentos. Ella era una persona muy encantadora, culta, graciosa, que escribía unos poemas que a mí nunca me gustaron. Publicó libros, incluso. Tenía una gran imaginación e inventaba unos cuentos fabulosos, en los que yo intervenía y a los que me dejaba modificar libremente, porque los íbamos inventando sobre la marcha.

—*Dijiste que leías mucho, de chica. ¿Qué leías?*

—Bueno, aparte de que mamá siguió contándome cuentos durante años, a mí me fascinaban las historietas. *El Tony, Pif Paf, Billiken*, me las leía todas. Hoy puedo decir que el ritmo de la narración lo aprendí en las historietas. Todavía hoy las leo de vez en cuando. Y cuando mis hijos eran chicos nos peleábamos por las revistas.

—¿Y qué literatura te influyó para orientarte hacia el cuento?

—A mí me influyó todo lo que leí. No hubo texto que no me dejara huella. Pero creo que me dediqué al cuento por otras razones: porque soy muy impaciente y muy ansiosa. Quiero tener siempre el bocado listo y morderlo. Entonces el cuento me resultaba un ámbito natural. Aun ahora, que acabo de trabajar un par de novelas, no abandono el cuento. Porque la novela es como una enfermedad; a mí me enferma la novela.

—*El cuento también es una enfermedad, Angélica...*

—Sí, pero la novela es una enfermedad crónica y pesada. Llega un momento en que vos necesitás sacudirte todo eso que te abruma.

—*Bueno, el cuento también puede ser una enfermedad crónica y pesada...*

—¡Bueno, no me contradigas! (se ríe a carcajadas)... Lo que quiero decir es que la novela es más duradera; en cambio el cuento me permite salir rápidamente de la enfermedad. Largar todo lo que quiero y de una vez. Además, tener varios cuentos listos es como estar haciendo algo con las manos.

—¿Trabajás varios cuentos a la vez?

—Mmm... no... Puede que un cuento me lleve a otro, pero los trabajo de a uno; termino uno y empiezo otro. Claro que puedo planificar los que seguirán y puede que uno me lleve a imaginar otro, porque la estructura se potencia.

—¿Sos cuentista o novelista?

—No sé lo que soy... Creo que soy narradora. Soy una persona que cuenta.

—¿Cuáles son tus cuentos predilectos de la literatura universal?

—Los de Hans Christian Andersen. Y los de Italo Calvino. Y claro: los de Chesterson y toda la cuentística inglesa. Conan Doyle me volvió loca, en la adolescencia.

—*La literatura fantástica es la línea más marcada de tus cuentos. Algunos críticos han dicho que sos una autora de ciencia-ficción, aunque yo no te veo en esa línea. Te veo lejos de Asimov, de Bradbury, de Highsmith...*

—Sí, es cierto, yo no me siento para nada identificada con esos autores, ni con Ballard, ni Sturgeon. Creo que estoy más cerca de Philip Dick. *El hombre del castillo* fue un libro que a mí me influyó muchísimo. Y también Lafferty, y Ursula Le Guin. Yo descubrí la ciencia ficción ya de grande, ¿sabes? Y la descubrí con Arthur Clarke, en *El fin de la infancia*, que me deslumbró y me hizo decirme «pero si esto es lo que yo quiero escribir». Y por supuesto, también el primer Bradbury, el de las *Crónicas marcianas*, *El hombre ilustrado* y terminó de contar; el resto no me interesa, me parece de una blandura insoporrible. Creo que ésa fue la gente que más me influyó, aunque si voy más atrás todavía encuentro a Haggard, por ejemplo, y mucha de la vieja literatura fantástica: no tanto Verne como Wells, ¿no? Wells estaba mucho más loco que Verne, y a mí la locura es algo que me atrae muchísimo.

—*Supongo que de ahí viene la afición por la paradoja, que encuentro en algunos cuentos de tus Jubeas, por ejemplo, y en todo Trafalgar.*

—Sí, claro. Y eso viene de Chesterton, uno de mis grandes amores.

—¿No te parece que la paradoja es una de las posibilidades del humor?

—Claro, y los maestros son los ingleses. Agreguemos a Huxley, que fue también un cuentista admirable. Tiene un humor bastante sutil, escondido.

—¿Podríamos decir que para vos lo fantástico viene más por el lado de lo paradójico que por el de lo inverosímil?

—Exactamente. La paradoja es convertir, ¿no? Tironear la verdad. Yo digo la verdad, pero no es toda la verdad. Una amiga dice que cuando yo cuento una cosa, eso es cierto pero no es cierto.

—Casi todos los cuentos, en tus siete libros, son largos y muchos tienen estructura de relato decimonónico, casi de nouvelle. ¿A qué se debe que considerándote ansiosa e impaciente no hayas practicado el cuento breve?

—Es que me fascina la literatura decimonónica, eso de ir contando amorosamente lo que sucede. Uno va descubriendo de a poquito. Me gusta dar un detallecito en un renglón número tres, y no te doy otro hasta el número 17, y quizá en el 43 ya no te hablo más de eso. Esa es una técnica, digamos, que a mí me fascina y que los novelistas del XIX manejaban maravillosamente.

—¿Leías, de chica, las novelas por entrega, los folletines?

—No, nunca. Y tampoco escuchaba radioteatros, porque mi mamá no me dejaba. Pero sí leí muchos policíales. Todos los ingleses, toda la colección «El Séptimo Círculo», hasta que descubrí la novela negra y también la devoré.

—Esa vocación por el cuento largo, y tu actual trabajo en la novela, ¿se debe a alguna dificultad de contener los textos?

—No, simplemente me gusta el cuento largo. El que parece que se va hacia la novela pero se queda en cuento. Rara vez me sale uno breve, como *La perfecta casada*. El otro día escribí uno cortito, de seis o siete páginas.

Bueno, digo cortito porque en general mis cuentos tienen de 25 a 40 páginas. Pero no es por dificultad de contención, sino por dejarme llevar. Cada cuento me va diciendo hasta dónde llegará.

—*Me parece que vos te vas enamorando del texto a medida que transcurre.*

—Sí, claro, siempre hay una relación erótica muy fuerte con el texto.

—*Hablemos de La perfecta casada que es el cuento que vamos a publicar. Sé que a Griselda Gambaro le parece una joya. ¿De qué año es y cómo surgió?*

—Debe de ser del año 79, o del 80, por ahí... Y nació de mi interés por las puertas. El objeto puerta siempre me interesó mucho. ¿Cómo sé yo que esa puerta que está ahí da al pasillo? Vos podés explicarme que todos los días salís y da al pasillo, pero eso a mí no me significa nada, no me dice nada. Puede ser que en ese momento dé a otra cosa... Además, también me interesa mucho la doble vida, me fascinan esas mujeres que parecen tan simples y en cuyas vidas no pasa nada, pero de repente si levantas apenas un velo, debajo hay una cosa terrible. Puede ser sólo una potencia, y puede que nada de esa cosa terrible se traduzca en actos, pero ahí está, debajo de esa mujer que plancha y va al supermercado. Detrás de toda vida gris, hay un momento trágico, un momento culminante que puede aprisionarse en un cuento... Y además la perfecta casada soy yo. Porque plancho camisas, y voy al supermercado, y hago varénikes, y tengo esa vida secreta que por suerte no se traduce en degollar gentes sino en una ideología que me hace actuar en ciertas cosas, y que se traduce en textos.

—*¿Hay una propuesta feminista en ese cuento?*

—No, yo no entro a la narrativa por la puerta de la ideología, sino por la puerta de la narrativa. Yo quiero

contar. La ideología es algo que se nota en cualquiera. Como decía Barthes: con el adjetivo entra la ideología. Y a los dos minutos vos te das cuenta de lo que pienso. Yo sólo quería contar la vida de una mujer que plancha y busca recetas de una torta de naranjas, pero a la vez vive en muchos tiempos y puede ejercer su violencia sacando una espada y matando a un tipo.

—*Los comienzos de tus cuentos son notables por el impacto que tienen en los primeros párrafos. Si uno toma Mala noche y parir hembra, por ejemplo, y hace una lectura de todos los primeros párrafos, se observa una gran certeza de la fuerza del gancho en el cuento. ¿Sos consciente de eso?*

—Sí, a veces los busco, aunque a veces se presentan solos. Depende de cómo nace el cuento, que siempre nace de cualquier cosa: algo que leí, un encuentro, un olor, un color, tantas cosas... Y cuando el cuento surge, surge ya con su primera frase. El último cuento que escribí nació de esta primera frase: «Fue a buscar a su vecina para contarle lo que había pasado». A partir de allí, me senté y escribí el cuento sin saber todo lo que venía después... Y también me ocurrió con otro cuento el año pasado, que empezaba: «Usted sabe —dijo Lipman». Yo no sabía quién era Lipman, a quién se lo decía, ni qué pasaba... Así que me senté y lo averigüé. Es decir: escribí el cuento.

—*Pero no siempre sucede lo mismo. La cosa no es tan mágica.*

—No, claro, a veces los cuentos surgen de simples imágenes. Los cuentos de Trafalgar nacieron de mis chicos escuchando a los Bee Gees en casa, con la música a todo volumen. La casa vibraba y yo pensaba qué linda música; lástima que la pongan tan fuerte. De pronto les pregunté qué era eso, y me gritaron Trafalgar, de los Bee Gees. Y dijeron «Trafalgar» y yo vi al personaje. Vi en-

trar a Trafalgar Medrano, y lo vi en el café, y lo vi sacar el pucho. Lo vi todo, fue asombroso. Y supe lo que hacía, de dónde venía, adónde iba, cuál era su relación conmigo, con mis amigos, con Goro... Fue algo milagroso. Ingmar Bergman dijo una vez que *Gritos y susurros* le había surgido de una imagen: tres mujeres vestidas de blanco, en una habitación tapizada de rojo... ¡Claro! A mí me sucede eso: tengo una imagen y todo lo que pasa es que la imagen se va llenando de palabras.

—¿Corregís mucho?

—Sí, bastante. Sobre todo cuando hago la segunda versión. Y reduzco mucho, porque siempre a la primera versión la escupo, me sale como catarata. Entonces tengo que reducir, cortar, podar... Sobre todo las palabras bonitas, ¿viste?, ésas que uno quiere convencerse de que quedan lindas. Bueno, a ésas hay que sacarlas de cuajo (se ríe). Así que saco mucho, reduzco oraciones, fundo párrafos, elimino frases en los diálogos... También leo en voz alta, para ver cómo va el ritmo...

—¿Das a leer tus cuentos a alguien?

—No, no, es difícil que lea algo a alguien. Pero lo que sí me encanta es hablar de lo que estoy escribiendo. Dicen que no hay que hacerlo, pero a mí me encanta. Agarro a mis amigos y les cuento todo. Y eso me ayuda.

—Siendo feminista, ¿por qué hay tantos personajes masculinos en tus cuentos? De hecho tu primer libro fue sobre algo tan masculino como los soldados.

—Porque cuando empecé a escribir me parecía que la vida de los hombres era más interesante que la de las mujeres. En esa época estaba convencida de eso, hasta que empezaron a aparecer personajes mujeres. Sobre todo en *Las pelucas*, y además esas mujeres estaban locas, cosa que me llamó mucho la atención. Después me fui dando cuenta de que había algo que me atraía muchísi-

mo y era que podía haber otra vida, a la que quizá se debía entrar por el lado de la locura.

—*¿La locura como transgresión?*

—Claro. O era que quizá todas las mujeres estábamos locas; algunas porque sabemos y otras porque no saben. Pero a todas nos pasa algo, y somos un género muy conflictivo.

—*¿Pero eso daría lugar a la concepción machista de que las minas están todas locas?*

—No, no, están todas locas porque algo les pasa, algo terrible, y muchas veces la única salida para eso es la locura: o es la religión, o es el arte, o es algo de extremo, de margen, siempre, no de centro de poder. Lo que pasa es que esto se conecta muy estrechamente con mi ideología, y con mi actuación. Yo considero que he sido feminista toda mi vida, sólo que antes no lo sabía. Cuando era chiquita y les decía a mis primos que era mejor ser nena que varón, ya estaba haciendo feminismo y entrando a una revalorización de mi género. Sólo después vino el andamiaje ideológico, y pude mirar también mis textos de otra manera. Y la cosa cambió, porque pude incluso descubrir que la vida de las mujeres es tan interesante como la de los hombres. O acaso más, y no lo digo por prejuicio machista al revés sino por la sencilla razón de que hemos estado calladas durante catorce mil años. De repente se descubre una voz, y entonces hay que rehacerla.

—*¿Hubo escritoras que te signaron, o acompañaron en ese camino, o que te lo enseñaron?*

—Sí, sin duda: Virginia Woolf, Katherine Mansfield y Ursula Le Guin.

—*Ya hablamos de los inicios de tus cuentos, que son muy efectistas, contundentes, hemingwayanos. Pero si miramos tus finales pasa todo lo contrario. Siempre son abiertos, difusos, más bien cortazarianos. ¿Por qué?*

—Muy astuto de su parte, joven... (se ríe). Me encanta escuchar esto, porque es verdad. Yo empiezo sujetándome al texto, y acaso también quiero sujetar al lector. Pero es que yo quiero escribir un cuento como Leonardo pinta un cuadro. Espectadora de una obra de Leonardo, puedo meterme adentro, hay lugar para mí... Y bueno, yo quiero que mi lector también tenga lugar en mi cuento. No quiero contarle todo y terminar diciéndole que entonces pasó tal cosa. No sé si pasó tal cosa... Si pudiera siempre dejar todo en la sombra, en una forma ambigua, me encantaría.

—¿Has estudiado técnicas cuentísticas?

—No, yo de teoría, poco. No sirvo para eso.

—¿Y si tuvieras que dar un consejo a alguien que empieza a escribir?

—Bueno... (piensa un largo rato). Le diría tres cosas: primero: que en un cuento tiene que suceder algo; que hay que contar; que nunca hay que explicar, que si quiere decir que un tipo es un borracho consuetudinario no tiene que decir que es un borracho consuetudinario, sino mostrarlo en el momento en que se llena de alcohol y se cae de la mesa. En segundo lugar, le diría que deje hablar a sus personajes, que los deje actuar y se ponga como al acecho y vea qué hace ese tipo una vez que vuelve en sí de la borrachera; si vomita, si se levanta agarrándose de la mesa, si va y le pega a su mujer, si se suicida. Pero que haga algo. Y también le diría que tenga cuidado con las palabras que usa, y que use las más vulgares que encuentre. Hay que usar las palabras adecuadas, no las correctas.

—¿Tuviste o tenés un taller literario?

—No, nunca. Ni tampoco asistí. Pero no es que tenga nada en contra de los talleres, ¿eh? Conozco sólo dos, en Rosario, que son muy serios y en los cuales se enseña, en primer lugar, a leer.

—¿Cambia uno con los años, Angélica; cambia la escritura?

—Aaaah, ése es un tema... Yo no sé qué es lo que pasa, pero creo que sí, que se cambia mucho. Siempre se cambia, en todo. Lo único estable es el cambio, ¿no? Pero no sé hasta qué punto... Lo que sí veo es que de libro a libro yo soy otra cosa.

—¿Con los cuentos y también con las novelas?

—Sí, en cierto modo sí... La novela es una red; y el cuento es un anzuelo con línea. Pero siempre se pesca algo.

—¿Cómo se ve la narrativa argentina actual desde Rosario; desde una mujer de sesenta y dos años que tiene una trayectoria como la tuya? ¿Cambió la literatura en los últimos quince o veinte años?

—Me costaría mucho definir todo eso. Pero que cambiamos, cambiamos muchísimo. A la Argentina le han pasado muchas cosas, y no le han pasado de balde. Y creo que si algo refleja todo lo que nos pasó, es la literatura.

—Si tuvieras que decirle a un extranjero cómo es la literatura argentina actual, ¿qué le dirías?

—Ah, le diría lo mismo que digo siempre que viajo fuera del país: que en la Argentina lo más interesante que está pasando es la literatura de las mujeres. Y lo creo de veras. Es notable cómo las mujeres han empezado a escribir y a hablar. No sólo en la literatura sino en muchas otras actividades. Ahí tenés a las Madres de Plaza de Mayo, a las Abuelas. Son mujeres que también empezaron a hablar. Hablar y escribir para mí son sinónimos, en este caso. Expresarse, decir las cosas.

—Hacer verdadero uso de la palabra, ¿no?

—Claro, porque la palabra estuvo siempre vedada para las mujeres: «Mujer parlera, se quedará soltera»; «Ay, cómo hablan las mujeres, qué barbaridad»; «La mujer tie-

ne que ser discreta y callada»; «No hables tanto, mijita...». No estoy juzgando valores, ni si es bueno o malo lo que dicen o escriben, pero el hecho real es que la saga de la mitad del mundo está todavía por contarse. Ustedes en *Puro Cuento* ya lo saben, porque se dieron cuenta.

—¿Y de lo que escriben los varones?

—(Piensa un rato) ¿Puedo decir una cosa horrible?

—Te lo pido.

—Cada día me interesa menos... ¿Y es que sabes lo que me pasa con los varones? Que en la página cinco ya sé todo lo que me van a decir y cómo me lo van a decir... Te juro que hago un esfuerzo. Me digo: no, no puede ser, deben de ser mis prejuicios; y me impongo leerlos. Autores que me volvieron loca, que escriben tan bien, que me enseñaron tanto... y no encuentro nada nuevo. Y eso que escriben bien, sí, son lindos libros. Pero en la página quince se me cae de las manos y le digo: si, ya sé lo que me vas a decir, muchacho... (hace un largo silencio, casi triste).

—...

—Mirá, yo creo que si se abrieran... Por qué no harán lo que les pedía Virginia Woolf cuando se preguntaba por qué no apelan a su parte femenina, por qué no apelan a esa parte que tienen tan clausurada... Les vendría tan bien lo nuestro. ¡Tan bien...!